

Alta Estirpe de Barafundär, los que huyeron de la luz
LOS DOCE NAVÍOS ELFOS

Los últimos en llegar a la Tierra de Aradán fueron los elfos de la Alta Estirpe de Barafundär. Arribaron a la costa sur de la isla, y habitaron las junglas que había por aquel entonces en la llamada Primera Tierra, donde ya habitaba la Alta Estirpe de Assëe, los Predilectos.

Éstos los acogieron pronto, y les permitieron vivir en los bastos bosques de aquella región. De los elfos de Barafundär se dijo que huyeron de la luz desde un primer momento, y bien cierto es que se sintieron a gusto en la frondosidad de sus bosques.

Se cuenta que la primera en bajar a tierra fue Baran, quien había avistado la isla desde a bordo. Baran, dicen, fue gran amiga de Aradán, el cual lloró más que nadie su muerte más tarde...

Baran, junto a los demás elfos de Barafundär, vivió libre en aquellos bosques y fueron felices por un tiempo. Nunca se interesaron realmente por el resto de las Casas de los Elfos. Los respetaron y se trazaron lazos de amistad, pero rehusaron participar en sus estúpidas guerras.

Cuando estallaron las Guerras de la Sangre y la Tierra de Aradán se rompió para siempre, los elfos de Barafundär se marcharían de allí, para no regresar. Aquellas guerras fueron devastadoras, y por un tiempo se creyó todo perdido. Ante la terrible amenaza, Aradán en persona acudió a Baran, y le pidió ayuda, como favor personal.

Baran, en honor a su amistad, accedió al final y partió a la guerra, sabiendo lo difícil que sería proteger aquella isla, y no deseaba ver sufrir a Aradán... Luchó valiente, y sus tropas fueron decisivas en muchas batallas, pero al final murió en combate.

La pobre Baran, Primera de Barafundär, murió a manos de Lándaro, hijo de Efgo de Yandalath. Tras aquello, ya al final de la guerra, toda la Casa de Barafundär lloró su pérdida. Aradán antes de batirse con Efgo, y derrotarlo, dio muerte a su hijo Lándaro, vengando así a su buena amiga Baran.

Al terminar las Guerras de la Sangre, en el Tercer Concilio de los Elfos en Garn-Ithil, la Torre Estrella, se nombró a Balada, hija mayor de Baran, Reina de Barafundär. A pesar de que no se le dio soberanía sobre ningún territorio, se les permitió vivir en los bosques de las islas de Eleanor, la

Mayor, de Ithirian-Dar y de Isla Verde. Pero la Reina Balada, harta de todos los demás elfos, decidió marcharse de aquel archipiélago, y navegó lejos. Cuentan que Balada jamás le perdonó a Aradán la muerte de su madre.

Partió entonces Balada, y todos los elfos de Barafundär, haciéndose a la mar. Navegaron durante mucho tiempo, hacia el norte, alejándose de todo aquello, y llegando a una nueva tierra de la que ya jamás se marcharían.

Al parecer, los elfos de Barafundär encontraron algo en aquellas tierras que los maravilló, y dedicaron su causa, y sus vidas, todos ellos, a proteger tal bien. La costa a la que habían llegado resultó ser virgen y frondosa. Inmensos bosques se extendían adentrándose en la tierra, más y más cuanto avanzaban, hasta que lo encontraron... Se trataba de un árbol gigantesco, inmenso junto a los demás, del cual nacía toda la vida de aquel tremendo bosque, y tal vez, de todo Mawol. Ellos siempre dijeron que en aquel gran árbol vivía la Diosa de la Vida. La llamaron Dianae, y la adoraron para siempre, protegiendo su árbol y morada.

La Reina Balada y los suyos se quedaron allí, en las cercanías de aquel Árbol-Dios, y vivieron tranquilos por un tiempo. Balada se casó con Lean, y fueron grandes Reyes, y siempre protegieron el bosque. Desde entonces, ella sería conocida como la Señora del Bosque. La Alta Estirpe de Barafundär se estableció y fue muy próspera. Aun, dicen, habitan estos elfos en lo más profundo de un bosque del Viejo Mundo, al que los hombres no se atreven a entrar.: El Bosque Encantado de Loth-Darien.

Balada fue Reina por largo tiempo, y no dejó de sorprenderse por los giros del destino. Lo primero que no esperaba, y sucedió, fue descubrir que otros elfos habían llegado a aquel continente, y se habían establecido en sus costas más occidentales. Se trataba de la Alta Estirpe de Laentis-Anne, los Viajeros.

Éstos habían llegado al Viejo Mundo, como sería llamado mucho después por los hombres, y se habían asentado, levantando hermosas y prósperas ciudades. Anne, que aun entonces los gobernaba, se hizo gran amiga de Balada y Laen, Reyes de Barafundär.

Aquellos fueron los buenos tiempos para todos ellos. Cada pueblo vivió en armonía con el otro, y jamás entre ellos hubo rencillas. Juntas, las dos Casas de los Elfos, se sorprendieron, pues a lo largo de miles y miles de años, descubrieron que una especie primitiva había llegado a evolucionar y desarrollar una tecnología y cultura propias, creciendo en conocimientos. A esta nueva especie la llamaron los Hombres. Al principio vivieron entre los bosques, los campos y las montañas. Las cuevas estaban llenas de ellos. Después aprendieron el arte de la arquitectura y el cultivo, y comenzaron a levantar

asentamientos. Se trataba de unas criaturas que aprendían y por tanto evolucionaban, y muy rápido.

Aquellos tiempos de cambio sólo precedieron a lo que vendría después. Los Elfos y los Hombres llegaron a entenderse, y las primeras civilizaciones se ayudaron y comprendieron. Pero entonces aconteció el Gran Cataclismo, en que el Mundo cambió sobremanera, resquebrajándose desde el centro, tremendos terremotos elevaron las montañas, y todo un nuevo continente surgió de las profundidades del mar. Todo lo que conocían fue desde entonces diferente.

Aquello fue muy duro. Lo cambió todo. Algunos dicen que aquello fue el final de la Edad de los Elfos, y el comienzo de la de los Hombres. Desde aquello los elfos de Barafundär se cerraron para siempre en su bosque, del que dirían desde entonces que estaba encantado. Negaron su trato con el Hombre, y dieron de lado a los elfos de Laentis-Anne.

Pasó un tiempo, y los Hombres se volvieron codiciosos, como era su naturaleza, y grandes guerras se sucedieron, en las que Balada, de Barafundär, se vio obligada a participar. Tan sólo un pequeño reducto de tropas envió en ayuda de los elfos de Laentis-Anne, durante las conocidas Guerras de los Mil Años. Aunque de poco sirvieron, pues estos últimos debieron de partir definitivamente de aquel continente, dejando tan sólo las ruinas en recuerdo de un hermoso pueblo...

Los elfos de Barafundär siempre se mantuvieron fieles, cuidando y protegiendo al Árbol-Dios que adoraban. Vivieron allí siempre, y los Hombres no se atrevieron a entrar. Al fin dieron fin sus guerras en aquél continente, y todo volvió a calmarse...

Balada tuvo dos hijos, İlandil y Laras. El primero se casó con Siläe, una mujer humana, hija de Gelghar, de la Casa de Düredar, un pueblo de los hombres al oeste del Bosque de los elfos de Barafundär. De la hermosa muchacha se dice que fue rescatada por İlandil, pues había sido hecha presa por un malvado brujo en una lejana torre llamada Teth Nolin, perdida en un desierto en que siempre era de noche. Un lugar desolador...

Cuando regresó İlandil con la muchacha, la desposó, y la hizo su Princesa de Barafundär, sin importarle lo que dijeran en la corte. Balada lo aprobó, pero les advirtió que no podrían tener descendencia fértil, pues ambos no pertenecían a la misma especie, y su linaje se perdería... En efecto, İlandil y Siläe tuvieron un niño. Fue un semielfo, al que llamaron Aladar, en honor a un viejo amigo de ambos...

Con el paso del tiempo, Siläe, la mujer del Príncipe İlandil, murió, pues las mujeres y los hombres, a diferencia de los elfos, morían a cierta edad, simplemente de viejos... Así los había dotado con la muerte la Diosa de la

Vida, la misma Dianae a la que adoraban todos los elfos. Cuando Siläe murió, Ìlandil partió del Bosque de Loth-Darien, como llamaban los elfos de Barafundär a su hogar, y ya jamás regresó. Algunos dicen que juró que no volvería a proteger a una Diosa que había dotado a los hombres con la muerte, pues le había arrebatado a Siläe con tal insensatez. Cuando partió, dicen, fue en busca de un terrible demonio, un fantasma del pasado... Nunca más se supo de él.


Los tiempos pasaron, y Balada siempre reinó en el Bosque de Loth-Darien, a pesar de haber perdido a su hijo. Cuando la Señora del Bosque murió, enferma, la pobre, se nombró heredero a su hermano Echobe, casado con Nelén, de Laentis-Anne.

Echobe fue un grandioso Rey, y dicen incluso, que aun reina en los salones de la Casa de Barafundär. La Alta Estirpe volvió a tener trato en raras ocasiones con las demás Casas de los Elfos, y vivieron, o trataron de vivir, en paz. En gran medida lo consiguieron, aunque no por ello su cuento fue menos triste que el de los demás. Ésta tan sólo fue una más de las historias de los elfos, de sus Casas Reales, de las más nobles familias. Todas habitaron el mundo el tiempo debido. Unas en algún lugar, y otras en otro, con sus penurias y sus alegrías, logros y fracasos. Las historias de todos ellos se cantaron, y quedaron guardadas en el tiempo. Al menos, fueron cantadas por los juglares, y por mucho que cambiara el Mundo y las mentes de sus habitantes, todos los elfos serían recordados en sus letras y acordes.

Alta Estirpe de Barafundär, los que huyeron de la luz

Los Doce Navíos Elfos

Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2008

www.modt.net